

# Cita con El Padrino

■ **ROLANDO PEREZ  
BETANCOURT**

Al igual que *Casablanca*, de Curtiz, *El Padrino* de Coppola es una eterna cita para pasarla bien. Como una amada que a lo largo de los años reaviva en cada encuentro los motivos de la primera euforia. Eso en materia de creación artística puede llamársele mito, o clásico, o clasificarse con cualquier expresión totémica. Aquí lo importante no es la definición del lecho, sino el placer de tenderse en él. Y "los padrinos" de Coppola, principalmente los dos primeros, constituyen una invitación segura al éxito del reencuentro.

Si en *Casablanca* los que se la saben de punta a cabo se frotan las manos a la espera de ese momento climático en que Bogart le pregunta al pianista de su bar cómo es posible que "ella haya vuelto allí", en *El Padrino* el monólogo de Marlon Brando amenazando a sus rivales acerca de las consecuencias que traería un atentado a su hijo Michel es un plato cien veces probado y cien veces disfrutado.

En esta misma sección, hace 19 años, apareció una



*Coppola y una metáfora de la que hablara hace ya 19 años.*

muy extensa crítica al *Padrino II*, la que se ligó con una entrevista a Coppola. Hacía muy poco tiempo que él había concluido esa segunda parte y todavía no guardaba el necesario distanciamiento artista-obra para hablar desprejuiciadamente de propósitos y logros. Es más, creo que estaba dudoso de haber obtenido algo trascendente pues en dos o tres ocasiones mencionó, como si se justificara, "las presiones comerciales que me obligaron a realizar el filme". De aquellas declaraciones suyas es esta formulación: "Yo creo que la mafia es una metáfora perfecta pa-

ra el capitalismo estadounidense. Aunque su organización nació en otras tierras fue solamente en los Estados Unidos donde realmente floreció, porque en las condiciones allí existentes prevalecen esos valores".

Tanto en el primer *Padrino* como en el segundo, Coppola mostraba la relación política-mafia, en esta última cinta representada por el personaje del senador Pat Geary. Pero... la visión romántica presente en algunos hechos y personajes, las excelentes actuaciones, la música reconocida hasta por alguien con las orejas tapiadas, la integración realidad-ficción, ésto y aquéllo serían demasiadas cosas para volver a escribir otra vez sobre lo mismo. Lo que no es óbice para que al igual que muchos memorizadores de secuencias completas, diálogos, encuadres, planos y contraplanos de estas óperas suntuosas plasmadas con tamborileos de metralleta, vuelva a estar una vez más el domingo frente al televisor con las expectativas de aquella primera vez en que las imágenes de *El Padrino* me tomaron por asalto la mente y pusieron manos arriba el corazón.